

Nuevas luces en La Esperanza

Más de 500 pobladores fueron beneficiados tras el movimiento constructivo y de reparación de instituciones sociales que hizo posible la reanimación del poblado de Guayos

Carmen Rodríguez Pentón

Quizá fue el sentimiento de los primeros pobladores que se plantaron en aquel rincón del sureste de Guayos cerca del antiguo ingenio; pero nadie, ni los que llevan décadas viviendo en el lugar, saben a ciencia cierta el porqué del nombre, que tal vez llegó como algo tan natural como su gente, dispuesta a resolver sus problemas, o el deseo de que algo bueno se cumpla como sucedió a inicios de abril, cuando dejó de ser una ilusión la reanimación de la comunidad de La Esperanza.

Año tras año, los problemas del pequeño asentamiento se fueron acumulando y, al decir de la mayoría, los dos últimos fueron duros, porque las escaseces fueron más marcadas y el hecho de ser una comunidad aislada puso a los más de 500 habitantes en desventaja, ante una pandemia que los vapuleó y les trajo días de incertidumbre, cuando en marzo del pasado año se disparó la curva de contagios en Guayos y se abrió un evento en la comunidad.

“Esto que se hizo ahora hacía falta, porque no voy a decir que el barrio estaba desatendido del todo, pero sí descuidado y nadie, excepto el delegado, se ocupaba de problemas que no son nuevos: la tienda y el consultorio estaban desvencijados y el techo del Círculo Social se hallaba en peligro de derrumbe”, cuenta Mariuska Carmenate Lorenzo, una lugareña que pondera, sobre todo, el hecho de que los niños tengan su parque infantil.

Y es que desde los inicios del presente año el asentamiento ha sido protagonista de la ejecución de diversas acciones como parte del programa de transformación integral de barrios vulnerables que se lleva a cabo en todo el país con el objetivo de desempolvar y resolver problemas sociales y otros muy objetivos relacionados con asuntos tales como la falta de agua potable y redes hidrosanitarias, dificultades con los viales, viviendas en mal estado y escasez de servicios públicos.

ASUNTOS CERRADOS

Jacinto Gutiérrez Carballido, el delegado de la Circunscripción No. 82



En la comunidad de La Esperanza, en Guayos, soplan otros aires. /Fotos: Vicente Brito

del Consejo Popular de Guayos, popularmente conocida como La Esperanza, desde hace unos días desanda más despacio cada rincón del barrio, pues no quiere que el esfuerzo de tantas semanas se vaya a pique por la indolencia o la apatía de algunos.

“Uno de los primeros problemas a solucionar era el de los salideros. Había siete en total que tenían a la comunidad sin una gota de agua. Todos se arreglaron, mejoró el abasto y se pasó entonces al arreglo del camino, que estaba intransitable”, refiere.

Algunos opinan que faltó voluntad para que los pobladores “metieran más el cuerpo” junto a las entidades involucradas, pero se trabajó en el alumbrado, se reparó el Círculo Social Obrero con una nueva cubierta, se restauró totalmente el consultorio médico No. 15, el cual cobró vida con el mejoramiento de instalaciones eléctricas, sanitarias, hidráulicas y nuevo mobiliario.

“Se hizo un levantamiento casa a casa para conocer las problemáticas de los 209 núcleos, de modo que se pudo ayudar de forma diferenciada a algunas familias a las que se les otorgaron recursos para eliminar pisos de tierra y reparar los techos

de las viviendas; se habilitaron los servicios comunales con una plaza para la recogida de desechos sólidos; y excepto tres, que son muy puntuales, se resolvieron los planteamientos pendientes”, puntualiza el delegado.

NO TODOS LOS PÁJAROS CAYERON DE UN TIRO

Los más de 2 kilómetros que separan el poblado de Guayos parecen pocos, pero pesan, sobre todo a los ancianos, que sienten la imperiosa necesidad de tener cerca un local para la compra de medicamentos.

“Mire, se sabe que no es tan lejos, pero es una odisea comprar medicinas en Guayos porque no alcanzan, aunque duermas en la cola; se hicieron muchas cosas, pero hace falta una farmacia”, explica Carlos, un campesino al que la distancia se le alarga desde la Cooperativa de Créditos y Servicios Julio Hidalgo.

Es esa, precisamente, una de las insatisfacciones que le quedan a Jacinto junto al hecho de que tampoco cuentan con un punto de venta de la Agricultura Urbana “y tienes que morir con el carretilero”.

“Quedan problemas por resolver como el de las viviendas en mal estado, pero también el planteamiento más antiguo que tiene este municipio con más de 30 años: eliminar una vieja tendedera eléctrica que abastece seis casas a la entrada del barrio”, precisa Gutiérrez Carballido.

Junto a este poblado, otros seis barrios del municipio de Cabaiguán serán beneficiados este año con acciones de rehabilitación, construcción y otros empeños sociales; ellos son: El Paraíso, Neiva, Mota, la zona de desarrollo Silverio Blanco, El Cocal y San Luis.

Por ahora, ya se cumplieron algunas expectativas del pequeño emporio, rodeado de grandes centros que pueden aportar más para que no se pierda la confianza en organizaciones que se preocupan y ocupan de lo material, pero necesitan del apoyo de muchos para llegar a lo espiritual y solucionar las problemáticas sociales que restan.

La emboscada que enlutó a Jarahueca

El 30 de abril de 1982 cayó en Angola, vestido de combatiente internacionalista, Camilo Alberto Camellón Orellana, un joven que nunca renunció a la sonrisa

José Luis Camellón Álvarez

Cuarenta años después todavía duele la noticia que voló rápido de Huambo a Jarahueca y dejó una herida que no cierra, porque Camilo Alberto Camellón Orellana llevaba dentro el ángel de la jovialidad y la sonrisa; joven jaranero, capaz de contagiar de alegría a los demás, incluso, hasta a quienes le acompañaban en aquellas riesgosas misiones en tierras de Angola.

Tras ser reclutado para el Servicio Militar y vestido de combatiente internacionalista, llegó a África a mediados de octubre de 1980 y en la zona de Huambo integró un batallón de zapadores, en el que cumplió misiones combativas en diversos momentos. Cuentan sus compañeros que enseguida se supo ganar el respeto y cariño de los integrantes de aquella unidad.

Los rigores de la guerra y la distancia no lo separaron nunca de su terruño, más bien él se llevó a Jarahueca para Huambo, pues no había relato o carta a la familia en que no recordara pasajes y personas de su pueblo.

Con el tiempo todos supieron que el Camilo de Angola era el mismo joven alegre que salió de Jarahueca, incapaz de ponerse bravo, compañero a toda prueba. Tal vez, algunos no pensaron que detrás de aquel fiño jaranero, que se peinaba más que nadie, seguidor de la moda, la música y el Santiago Espirituano, asomaba la estampa de un héroe.

Aunque se graduó en un politécnico de La Habana como mecánico de equipos pesados, nunca ejerció la profesión; quizá, porque tenía talento para la zapatería, un oficio que heredó de su papá Mundito. Entonces

sacó a flote su destreza para fabricar aquellas zapatillas que todos elogiaban y que él mismo bautizara como Jarahueca Sport.

Con alegría relató en una carta a su mamá Juanita Orellana: “Días atrás estuve en un pueblecito y llegué a un pequeño taller de zapatería en el que trabajan como seis prietos, y me acordaba mucho de papi y de todos allá en la fábrica; aunque en verdad son un poco chapuceros, allí se dedican a arreglar zapatos y también hacen algún parchito de chancletas de niñas y de mujer”.

En otra misiva a sus padres daba testimonio del interés por mantenerse informado de lo que acontecía alrededor de su tierra natal. “Leí en los recortes de periódicos que me mandaron la inauguración del estadio de Yaguajay, también el reportaje sobre la expedición espeleológica que están llevando a cabo en la cayería, al norte de Yaguajay; pienso que saquen algún reportaje más sobre esto que está interesante, cualquier publicación me la mandan, al igual que otras cosas que salgan en el Escambray que sean interesantes”.

Llevaba 18 meses en Angola y recién había cumplido 23 años. Era el 30 de abril de 1982 y, junto a otros cubanos, salió por la mañana a cumplir una misión; no sabía que en el camino le esperaba la trampa enemiga. Sonaron varias ráfagas; la sorpresa, la traición, las balas, todas juntas cegaron su vida y la de cuatro compañeros más.

La emboscada de Huambo enlutó a Jarahueca y fue tan dura la noticia que conmovió a todos; porque Camilo Alberto Camellón Orellana dejó una huella de valor y alegría para la eternidad.



Ni en los momentos más adversos Camilo Alberto perdía su carácter alegre y jovial.



Por primera vez, los niños de esta localidad disfrutaban de las atracciones de un novel parque recreativo.